
Debates feministas contemporáneos*

Michèle Barrett y Anne Phillips

Muchos de los ensayos en esta antología llaman la atención sobre la necesidad de “desestabilizar” los supuestos básicos de la teoría moderna. Hace mucho que las feministas han criticado las pretensiones de una teoría “grande”, “alta” y “general” y han demostrado las dificultades que acompañan a una empresa de este tipo. Las pretensiones universales han resultado ser con demasiada frecuencia muy particulares, las supuestas características comunes falsas, las abstracciones decepcionantes. Las feministas han llegado a tener profundas sospechas de los discursos teóricos que pretenden la neutralidad mientras hablan desde una perspectiva masculinista y a veces hasta han abandonado la esperanza en la posibilidad de un pensamiento “neutral respecto al género”.

Esta crítica inveterada ha sido llevada más lejos que nunca con la actual reconsideración de los grandes esquemas de la teoría social, política y cultural moderna occidental. En un ataque generalizado a los modelos de liberalismo, humanismo y marxismo falsamente universalizadores, generalizadores en exceso y demasiado ambiciosos, muchas feministas han optado por un análisis de lo local, específico y particular. Mucho de este trabajo es de carácter “deconstructivo” y busca desestabilizar —desafiar, subvertir, invertir, derrocar— algunas de las oposiciones jerárquicas binarias (incluidas las que implican sexo y género) de la cultura occidental. Por lo tanto, tenemos una teoría feminista del desarrollo cuya intención es desestabilizar.

* Esta es la introducción al libro *Destabilizing Theory: Contemporary Feminist Debates*, compilado por Michèle Barrett y Anne Phillips, Stanford University Press, California 1992.

Hay una segunda construcción de la "teoría de la desestabilización" que recorre esta antología. No se trata tanto de la tradicional ambivalencia del feminismo hacia la "teoría", basada en una preferencia de principio por el activismo, la "política" o la experiencia, aunque esto suele estar presente de alguna forma. Se trata más bien de la naturaleza fundamental de la crítica que se ha puesto de manifiesto sobre la fundamentación teórica y las convenciones paradigmáticas del feminismo "modernista". En los últimos veinte años, los principios fundantes del feminismo contemporáneo occidental han sido desafiados dramáticamente con supuestos previamente compartidos y ortodoxias incuestionadas relegadas casi a la historia. Estos cambios han sido del orden de un "giro paradigmático" en el que son radicalmente trastornados los supuestos más que las conclusiones. Así que además de explorar la cuestión de la relación del feminismo con la teoría *per se*, con la teoría en sus peores momentos de abstracción atolondrada y generalización peligrosa, los ensayos en *Destabilizing Theory* fueron escritos para poner de relieve y discutir el abismo entre la teoría feminista de los años 70 y la de los años 90. Si el diálogo a través de la brecha es posible, deseable o inevitable es una cuestión sobre la que las colaboradoras tienen puntos de vista diferentes, pero todas lo han abordado.

Estos dos temas están vinculados en la medida en que el feminismo de los años 70 fue una instancia del impulso "modernista", y las críticas feministas de los 80 y 90 en realidad han acentuado este punto. Mirando hacia atrás, podemos ver este periodo de pensamiento feminista occidental como un periodo de sorprendente consenso sobre las cuestiones pertinentes, si bien no siempre sobre las respuestas que pudieran surgir. Aunque ahora roto, este consenso no debería ser visto como un síntoma de subdesarrollo —una "prehistoria" ahora ya muy trascendida en la sofisticación del pensamiento contemporáneo— porque muchos de los temas planteados en ese periodo regresan a frecuentar el presente. El acentuado contraste que trazamos entre lo que a modo de taquigrafía llamamos el feminismo occidental de los 70 y el de los 90 atrae la atención sobre la naturaleza fundamental de los cambios que han ocurrido y nos ayuda a explorar la medida del diálogo a través de estas perspectivas teóricas muy diferentes. El contraste no tiene la intención de marcar un "progreso" feminista.

Nuestro punto de partida engañosamente simple es que el feminismo de los 70 supuso lo que se podría especificar como una *causa* de la opresión de las mujeres. Las feministas diferían sustancialmente (y ferozmente) respecto de lo que esta causa podría ser —control masculino de la fertilidad de las mujeres, un sistema patriarcal de herencia, la necesidad del capitalismo de una fuerza de trabajo dócil—, pero en realidad no pusieron en duda la noción de una causa. Tampoco había ninguna dificultad con la idea de *opresión*, que parecía tener una aplicación evidente en sí misma. También fue importante el supuesto compartido por la mayoría de las feministas de que la causa que se contemplaba estaba en el nivel de la *estructura social*. La estructura podía ser postulada como patriarcado, como un sistema económico explotador o como una relación estructural entre hogar y lugar de trabajo, pero con un hincapié que reflejaba el contexto político del primer movimiento de liberación de las mujeres, los temas se configuraban típicamente en términos socio-estructurales. En los compromisos de apertura de fines de los 60 y principios de los 70, la oposición conservadora tendía a insistir en argumentos procedentes de la naturaleza o la biología, confiando en ellos para su defensa de los acuerdos sexuales existentes. Las feministas se unieron en su contra para acentuar en cambio lo social y ambiental. La distinción entre sexo y género se volvió entonces casi talismánica: símbolo de una interpretación social más que natural de las diferencias visibles entre las vidas de las mujeres y las de los hombres. La diferencia sexual fue despojada hasta sus elementos esenciales más desnudos, con frecuencia sólo un reconocimiento de que las capacidades y los derechos reproductivos de las mujeres eran un factor político destacado. Y en una argumentación que se remontaba por lo menos a Mary Wollstonecraft, las feministas tendían a ver la “feminidad” como una tergiversación del potencial humano de las mujeres, un importante aspecto de la opresión de las mujeres y una candidata primordial para el cambio.

En las taxonomías tan queridas del periodo —como de muchos comentaristas subsiguientes—, los feminismos se dividían en las variedades liberal, socialista y radical, cada una de ellas ofreciendo su propio paquete de respuestas a las cuestiones centrales incontestables. De los tres, el feminismo liberal era quizás el menos enamorado de la explicación social estructural, tendiendo a enfatizar el poder del prejuicio, la irracionalidad y la discriminación. La opre-

sión de las mujeres se concebía típicamente en términos de socialización de la mujer en una gama limitada de papeles y supuestos, y en el modo en que estos papeles sociales eran reforzados después por una tradición cultural que persistía en contemplar a las mujeres como muy diferentes de los hombres. El individualismo implícito o explícito fue impugnado por los feminismos socialista y radical por igual, que ponían en duda tanto el análisis de la opresión de las mujeres como la confianza que parecía depositar en las oportunidades iguales como la salida fácil.

Las feministas socialistas sostenían que los problemas clave residían en un sistema que se beneficiaba activamente de la opresión de las mujeres. Su análisis acentuaba por lo tanto la explotación más que el prejuicio sexista, la estructura más que los individuos que operaban dentro de ella, y más específicamente, los beneficios materiales que el capitalismo derivaba de la posición y el papel de las mujeres. Contra esto, las feministas radicales acentuaban no el capital sino los hombres, y no los hombres como agentes semi-inocentes de la opresión capitalista, sino los hombres como los que salían bien librados. El feminismo radical solía empezar por un análisis de la reproducción (un contraste deliberado con el énfasis socialista en la producción), pero se desplazaba cada vez más hacia cuestiones de sexualidad y violencia masculina. En los argumentos consiguientes, tanto las feministas radicales como las socialistas llegaron a percibir las estructuras de la opresión extendiéndose muy hacia atrás en el pasado distante: el análisis de la causalidad implicaba una búsqueda de la causa original y fundante.

En amplios debates entre estas perspectivas cambiantes y muchas veces coincidentes en parte, a las feministas de los 70 les importaba dónde poner el peso explicativo: qué elementos considerar los más fundamentales; qué identificar con precisión como la fuente crucial de opresión. ¿Se ubicaba primordialmente la opresión de las mujeres en la esfera del trabajo o en la esfera de la familia?, ¿en el terreno de la producción o en el de la reproducción?, ¿en estructuras económicas o en la representación cultural?, ¿en la sexualidad, en la maternidad o en qué? Estos desacuerdos operaban dentro del contexto más amplio de debates sobre el peso relativo que había que atribuir a las estructuras del patriarcado (o a veces al sistema sexo/género) *versus* el capitalismo; y a cualquiera de estas esti-

maciones estructurales *versus* los papeles sociales o psicologías del poder. La diversidad de las respuestas contribuía a ocultar el consenso en las preguntas; pero más allá de todos los agudos desacuerdos sobre lo que era primordial o secundario, las feministas estaban unidas en la importancia que atribuían a establecer los puntos fundamentales de la causalidad social.

Este consenso desde entonces se ha roto y aquí ofrecemos simplemente un esbozo de lo que consideramos los elementos clave que ayudaron a este proceso. El primero fue el enorme y continuo impacto político de la crítica que hicieron las mujeres negras a los supuestos racistas y etnocéntricos de las feministas blancas, que contribuyeron a decidir el destino del debate original sobre sexo y clase. Los modelos socio-estructurales de la sociedad que se habían organizado en torno a los dos sistemas de sexo y clase encontraron un tercer eje de desigualdad difícil de acomodar; las ya agudas dificultades para desarrollar un análisis de “sistemas duales” forzaron el desenlace con el tardío reconocimiento de que la diferencia y la desventaja étnicas habían sido dejadas afuera. Una respuesta a esto —especialmente entre feministas que trabajaban sobre la división sexual del trabajo— fue el giro a un nivel de análisis más micro que se prestaba mejor a la compleja interacción de los diferentes aspectos de la desigualdad. Otra respuesta fue la tendencia cada vez mayor a teorizar las llamadas “triples opresiones” de género, raza y clase de un modo más cultural y simbólico.

Una segunda fuente importante de inquietud estaba en las distinciones seguras entre sexo y género que habían caracterizado tanto al consenso previo. La diferencia sexual llegó a verse como más intransigente, pero también más positiva, de lo que había permitido la mayoría de las feministas en los 70: un giro que fue señalado de varias maneras en el creciente interés por los análisis psicoanalíticos de la diferencia sexual y la identidad; en el análisis de la experiencia de las mujeres de la maternidad como formando la base para concepciones alternativas (y más generosas) de moralidad y cuidado; y en sus momentos más “esencialistas”, la celebración de las Mujeres y de su papel Mujeril. Los argumentos eran en parte conceptuales, destacando los problemas teóricos en la distinción entre biología y construcción social, y poniendo en duda la tajante línea divisoria previa. También eran sustanciales, porque junto a las dificultades filosóficas

de mantener una distinción sexo/género hubo un giro en la dirección política. Muchas feministas llegaron a desafiar las visiones casi andróginas (quiero ser una persona, no una mujer o un hombre) de un futuro no perturbado por diferencias significativas de sexo; el impulso hacia la negación de la diferencia sexual llegó a contemplarse como la capitulación a un molde masculino.

El tercer elemento implica la apropiación y el desarrollo por feministas de ideas postestructuralistas y postmodernistas cuyo impulso no se encontró por primera vez en el feminismo, pero cuyo impacto ha sido extraordinario. Esto no quiere decir que se plantee una clara distinción entre el derrumbe “desde adentro” del consenso feminista de los 70 y los desarrollos teóricos “fuera” del feminismo, porque (como el artículo de Michèle Barrett lo indica) la interacción y el diálogo han sido mucho más profundos que lo que esto indicaría. Pero sí apunta a importantes líneas paralelas así como a vínculos entre tendencias feministas y no feministas de la teoría contemporánea social, política y cultural.

Los temas implicados aquí están bien representados en las diversas contribuciones a este volumen. Si consideramos la constelación de ideas que moldea la figura del pensamiento de la “Ilustración”, podemos identificar una noción de un sujeto político poderoso y autoconsciente, una creencia en la razón y la racionalidad, en el progreso social y político, en la posibilidad de grandes esquemas de reforma social. Muchas de las colaboradoras a este volumen desarrollan una inflexión feminista a los argumentos generales que constituyen una importante crítica de este modelo racionalista. Anne Phillips, por ejemplo, empieza su ensayo recapitulando la literatura del pensamiento político que ha revelado al “hombre” acechando dentro de la humanidad, y revisa los falsos universales que se movilizaron en el pensamiento liberal clásico. Chandra Talpade Mohanty explora, a través de una crítica de una variante feminista moderna del síndrome, los problemas de discursos humanistas que parten del supuesto de una comunalidad fundamental entre todas las personas (en este caso todas las mujeres), y por lo tanto desarrolla la crítica postestructuralista de las ideas sobre la experiencia y el sujeto. Biddy Martin considera la política de las identidades lesbianas “auténticas” y feministas, haciendo hincapié en la complejidad del erotismo del mismo género; ella sostiene que necesitamos desnaturalizar la

hetero-sexualidad como parte de la desestabilización de la potente oposición homo/heterosexualidad.

Rosemary Pringle y Sophie Watson, en su disección de los problemas que hay bajo la noción de “intereses de las mujeres”, ilustran bien la crítica de una gran teoría marxista que ha hipostasiado supuestos intereses dentro de un sistema que ve la política como la simple representación de, más que —como sostienen Pringle y Watson— la constitución de, intereses. Griselda Pollock, en una discusión del caso icónico de la pintura, muestra en una nueva medida la “atribución de género” a la modernidad. A la más central de las figuras modernas y humanistas, el artista expresivo, Pollock lo muestra como aquel cuya modernidad y masculinidad están irremediablemente entretejidas. Gayatri Chakravorty Spivak, demostrando en un contexto feminista el punto general de que el lenguaje construye más que refleja el significado, muestra cómo la noción de “traductibilidad” debe ser criticada si queremos tener textos que merezcan la designación de escritura feminista.

Estos puntos ilustran la poderosa crítica que se ha acumulado —tanto dentro del feminismo como en otras partes— a los discursos universalistas del racionalismo y la Ilustración. Atravesando una gama de temas significativos política y teóricamente, los ensayos de esta antología continúan una tradición de crítica a la *soi-disant* gran teoría, y en este sentido están muy en el estado de ánimo del pensamiento feminista contemporáneo. Pero al ponerlos en el contexto del giro casi paradigmático del feminismo de los 70 al de los 90, *Destabilizing Theory* busca también emprender un debate sobre las implicaciones de estos argumentos. Si como hemos indicado, las diferencias entre los supuestos básicos de los dos periodos son profundas, esto plantea la pregunta de si o cómo estos desarrollos podrían pensarse como “progreso” intelectual. ¿Puede la evaluación crítica de la teoría modernista ser contemplada como etapas *en route* a una comprensión más estrecha de los problemas enfrentados en una década anterior, una re teorización que desbloquea previas obstrucciones y limpia el camino hacia un mejor análisis? ¿O las feministas simplemente han cambiado el tema, se han alejado de lo que habíamos llegado a ver como un callejón sin salida teórico, abandonado un discurso materialista de causalidad, y han abierto a nuestra atención campos más refrescantes?

El temor que hoy expresan muchas feministas es que el cambio de las modas teóricas nos conducirá a abdicar de la meta de un conocimiento preciso y sistemático; y que en una crítica legítima a algunos de los supuestos anteriores, podríamos descarriarnos demasiado del proyecto original del feminismo. Por ejemplo, Susan Bordo ha sostenido que “centrarse demasiado implacablemente en la heterogeneidad histórica[...] puede opacar los modelos jerárquicos transhistóricos de privilegio blanco y masculino que han inspirado la creación de la tradición intelectual occidental”;¹ mientras que Christine di Stefano ha replanteado la pregunta que recorrió todos los debates de los 70: “¿Son algunas diferencias más básicas que otras?”² Uno de los temas aquí es si el feminismo puede sobrevivir o no como política radical si renuncia a una jerarquía de la teoría. Las feministas se han desplazado de la gran teoría a los estudios locales, de los análisis transculturales del patriarcado a la interacción compleja e histórica de sexo, raza y clase, de nociones de una identidad femenina o de los intereses de las mujeres hacia la inestabilidad de la identidad femenina y la creación y recreación activas de las necesidades o preocupaciones de las mujeres. Parte de lo que cae fuera en estos movimientos es el supuesto de una jerarquía pre-dada de causalidad que espera sólo ser revelada. ¿Dejan esos desarrollos a las feministas sin nada general que decir?

Estas preguntas no son resueltas por los ensayos en esta antología. Pero todas las colaboraciones están inspiradas por un claro sentido del feminismo como política además de como teoría, y juntas hacen mucho por desalojar acusaciones de que la política feminista ha perdido su camino. A nivel teórico, continúan un diálogo a través de la línea divisoria de los 70 y los 90. Entre las colaboradoras, Sylvia Walby toma una posición que habla muy claramente “en favor” de la ininterrumpida validez del vocabulario teórico del momento modernista (macrosociológico). Pero muchas otras hablan a través de las posiciones definidoras del periodo, argumentando, por ejemplo, que el feminismo debe conservar el ímpetu político impli-

¹ Susan Bordo, “Feminism, Postmodernism, and Gender-Scepticism”, en Linda Nicholson (comp.), *Feminism/Postmodernism*, Routledge, Londres, 1990, pp. 133-156; p. 149.

² Christine di Stefano, “Dilemmas of Difference: Feminism, Modernity and Postmodernism”, en Nicholson, *Feminism/Postmodernism*, pp. 63-82; p. 78.

cado en la aspiración hacia la universalidad; o haciendo notar las pérdidas potenciales vinculadas con cualquier abandono total de las áreas de estudio tradicionalmente asociadas con la sociología o la economía política. Una de las funciones de presentar un debate de este tipo es mostrar que en cierta medida hay temas que van hacia delante y hacia atrás a lo largo del tiempo y que, por lo tanto, puede ser difícil determinar la novedad o la originalidad de los argumentos.

Al considerar la fuerza relativa del feminismo de los 70 y de los 90, no exponemos una perspectiva única compartida, pero advertiríamos contra dos de las posibles respuestas. Deberíamos rechazar ciertamente la teleología simplista de partir del supuesto de que la teoría posterior es por lo tanto una teoría mejor, y de que la mejor teoría de todas es la posición desde la que estamos en el momento en que hablamos. Este modelo de progreso teórico, fuertemente influido por una concepción marxista de tesis, antítesis y síntesis es, por quinta esencia, del siglo XIX y modernista y una concepción de la que hacemos bien en sospechar. Por otra parte, deberíamos también resistirnos al fuerte punto de vista del otro lado, que sostiene que nunca se dice nada nuevo y que lo que puede parecer un giro de paradigma no es al final nada más que el reciclaje de viejos debates en términos nuevos. Ninguna de las dos posiciones es satisfactoria. Pretender trascendencia es ignorar nuestra propia posición en la historia; reducir los debates a su contenido esencial es negar el poder del contexto y del discurso. Como lo ha mostrado Foucault, la cuestión de lo que se puede decir, cuándo y por quién es de importancia crucial.

La cuestión de la progresión teórica se ha vuelto particularmente pertinente para el feminismo contemporáneo debido al tan discutido debate "igualdad/diferencia". Es bastante fácil expresar la posición de los 70 como una versión del polo de "igualdad" y la de los 80 como representando el polo de la "diferencia" en la dicotomía. Mucho del pensamiento feminista contemporáneo se ha desplazado a partir de esto a cuestionar las estructuras binarias en torno a las que giran estos argumentos. La crítica de las dicotomías, de los dualismos, de las alternativas falsamente o uno/o lo otro, se ha convertido en un importante tema en la escritura feminista. Moira Gatens sostiene aquí por ejemplo que la escuela de la *écriture féminine* no es (como se suele decir) una posición esencialista de la "diferen-

cia", sino que busca hacer el movimiento mucho más radical de desestabilizar la oposición binaria de igualdad/diferencia. Joan Scott, llevando más lejos la crítica de la oposición misma, ha explicado elocuentemente cómo la opción entre igualdad y diferencia es inhabilitante para las feministas: "la misma antítesis oculta la interdependencia de los dos términos, porque la igualdad no es la eliminación de la diferencia y la diferencia no excluye la igualdad". Scott llega a la conclusión de que deberíamos *rechazar* la oposición en nombre de una igualdad que descansa en las diferencias.³

La desestabilización de la oposición igualdad/diferencia podría también conducirnos a preguntarnos cuán diligentemente las feministas han construido una falsa polaridad sobre la que dividirnos a nosotras. Porque la diferencia no es un absoluto, sino que está construida de diversas maneras según qué es lo que se percibe como destacado en un contexto particular. Pero más refractario ha sido el tema de si o cómo las feministas pueden o deben desestabilizar la oposición binaria entre hombres y mujeres que da a la categoría de mujer su significado. Como lo ha señalado Denise Riley, la "mujer" es en realidad una categoría inestable pero cuyas inestabilidades no son otra cosa que la materia de la política feminista.⁴ Borrar la oposición hombres/mujeres es por lo tanto un movimiento que le quita el terreno a la lucha feminista en cuanto tal.

Este punto nos devuelve al estatuto ambiguo de la teoría. Los conceptos y categorías a través de los que nos apropiamos, analizamos y construimos el mundo tienen una historia dentro de la que estamos implicadas nosotras. Algo de la resistencia a las ideas y vocabularios del pensamiento "post"-estructuralista, "post"-modernista o "post"-Ilustración provienen de esta percepción. Porque más allá de la más simple resistencia de los que han encontrado todo lo que necesitaban en las teorizaciones de un momento anterior, hay un reconocimiento más perturbado de que estos discursos teóricos construyen y están inscritos dentro del mundo que han ayudado a hacer. El feminismo —como Griselda Pollock concluye su

³ Joan Scott, "Deconstructing Equality-Versus-Difference", en Marianne Hirsch y Evelyn Fox Keller (comps.), *Conflicts in Feminism*, Routledge, Nueva York y Londres, 1990, pp. 138, 146.

⁴ Denise Riley, "Am I That Name?": *Feminism and the Category of "Women" in History*, Macmillan, Basingstoke, 1988, p. 5.

ensayo— es “una intervención en la historia, inspirada por conocimientos históricos, lo cual significa no olvidar, en el acto de la crítica necesaria, la historia del feminismo occidental”. Para el feminismo no hay una huida total de una historia modernista de un movimiento igualitario y emancipatorio.

Por último, la crítica del pensamiento modernista y universalista no reduce la importancia de formular una nueva base para la aspiración política feminista. Las feministas se han alejado mucho del acto de negar y han pasado a afirmar la especificidad y la diferencia, y en el transcurso de estos cambios han encontrado las limitaciones así como el valor de una política basada en las identidades. Forjar una comunalidad a través de la diferencia ahora figura como una meta más que como algo dado: un proceso —como Chandra Talpade Mohanty lo dice— de compromiso más que de descubrimiento. Las cuestiones estratégicas que enfrenta el feminismo contemporáneo están hoy inspiradas por una comprensión mucho más rica de la heterogeneidad y la diversidad; pero siguen girando en torno a coaliciones, alianzas, y comunalidades que dan significado a la idea de feminismo.

Traducción: Isabel Vericat